

## Índice

1	Azul profundo	7
2	El ciudadano ejemplar	9
3	El beso y la sardina	13
4	La comanda y otras adivinanzas	15
5	La sorpresa	21
6	La Torre	25
7	A dos manos	27
8	Amarte	37
9	Daltéxico	39
10	El asesino	41
11	El Astro	45
12	El silogismo impecable	47
13	Impuntuales y felices	49
14	La enciclopedia	51
15	Por palabras	55
16	Premonición	57
17	Reloj no marques las horas	59
18	Tea time	63
19	Vates	65
20	El primer muerto de Diana Cornejo	67
21	El vertido	69
22	Memorias por cuenta ajena	71
23	Numerología	73

24	Personas aparecidas	75
25	Bienvenidos a la Isla de Tomé y Fadrique	81
26	Tatuaje	85
27	La indeleble memoria de Su Señoría	87
28	El último menú de Jean Luc Coissure	89
29	El sueño	91
30	La aviesa influencia del color de la sombrilla	93
31	El mañana nunca	95
32	Los diez minutos tristes de Ana y Martín	97
33	La inquebrantable promesa de María	99
34	Abarrotada estación solitaria	101
35	La técnica sorprendente de la enfermera Murillo	103
36	Las dos metamorfosis de Elenita Tarfe	105
37	El misterioso disparo anónimo del charcutero	107
38	La inesperada resurrección de Romeo	111
39	El latrocinio de la calle Esperanza	115
40	El adivino de si mismo	117
41	¡Personajes, al tren!	119
42	Estrategias de movilidad urbana	123
43	El sentido del honor del aviador Wolfgang	125
44	El declive del detective	129
45	Los ojos del pintor	137
46	Tu nombre	141
47	La inútil capacidad pulmonar del pobre lobo	143
48	Un bonito regalo	145
49	Las reglas son las reglas	149
50	Vida en un cuaderno	151
51	Por las chumberas de Cártama	153

52	El miedo más antiguo	165
53	El servicio postal de la isla Floreana	171
54	Neil Gaiman tenía razón (mejor un tostador)	175
55	¡Ferrán, te he dicho mil veces que no le deconstruyas el potito a la nena	205
56	Le vrai Moleskine n'est plus	207
57	Los cuadernos de vida del guardián de los muertos	211



## Azul profundo

Hace unos meses ninguno de nosotros podría haber imaginado que nos encontraríamos en esta situación y, sin embargo, aquí estamos. Recuerdo claramente cuando empezó a sentirse mal y fue al médico con la esperanza puesta en una pronta recuperación. Puedo visualizar aquella consulta con la que empezó todo como si hubiese asistido yo mismo de tantas veces como nos contó lo sucedido a los amigos más íntimos, la meticulosidad con que expuso sus síntomas y la impaciencia por conocer la opinión del doctor, pero sobre todo la sorpresa con que recibió aquellas palabras que debían haber significado el inicio de su curación y por el contrario supusieron el comienzo del declive:

- Se va a tomar usted tres pastillas al día y ya verá que pronto se encuentra perfectamente.
- Sí doctor, pero ¿qué pastillas?
- Da igual, pero que sean redondas.

¿Redondas? No podía creer lo que estaba oyendo. Era completamente imposible que pudiera curarse tomando algo tan anticuado como unas pastillas redondas. Precisamente él, que era el paradigma de la modernidad. Él, que introdujo la estética zen en su círculo de amistades. Era completamente inaudito, pero de todos modos todavía no era una tragedia completa, aún podía evitarse lo peor si al menos el color era aceptable, así que decidió jugar su última baza y lo preguntó. “Las clásicas blancas servirán”, fue la respuesta y fue también lo que le provocó el primer mareo de su enfermedad. No podía creer que hubiese ido a caer en las manos de un médico tan absolutamente exento de glamour. ¡Pastillas redondas y blancas! Absolutamente intolerable.

Comenzó así una peregrinación por cuantas consultas médicas pudo encontrar y no consiguió que ninguno variase el tratamiento. Llegó al convencimiento de

la existencia de un complot de toda la profesión que quería acabar con él simplemente por corporativismo, habría desconfiado del mismo Hipócrates si se le hubiese aparecido en uno de sus frecuentes episodios alucinatorios. Así llegó a la conclusión de que debía mantenerse firme, jamás una de aquellas nauseabundas pastillas entraría en su organismo.

¡Si él ni siquiera se encontraba mal hasta que vio como su vecino tomaba aquellas adorables cápsulas azules! De hecho fue al médico para que le recetase unas iguales porque pensó que quedarían muy bien sobre su nueva mantelería. Dos cápsulas dejadas al lado del plato, simulando descuido, era lo que necesitaba para completar el cuadro, la obra de arte que él consideraba que era su mesa.

Fue empeorando rápidamente, se convirtió en una especie de héroe por negarse a estropear la armonía de su casa con un elemento tan prosaico como unas pastillas blancas. Todos le admirábamos profundamente y por eso, cuando llegó el desenlace no dudamos en cual debía ser el homenaje que debíamos tributar a tan insigne ser humano: ese precioso ataúd en forma de cápsula azul que es el mismo que ahora tenemos ante nosotros y frente al cual le estamos rindiendo este postrero homenaje.

# El Ciudadano Ejemplar

## **FRANCIA | CONDENADO A TRES MESES DE PRISIÓN INTENTA ATROPELLAR A UN HOMBRE AL CONFUNDIRLO CON BIN LADEN**

EFE

*Un conductor francés ha sido condenado a tres meses de prisión exentos de cumplimiento por intentar atropellar a un peatón al que confundió con Osama Bin Laden, líder de la organización terrorista Al Qaeda.*

*Los hechos tuvieron lugar el pasado lunes en la localidad de Montpellier (sureste), cuando un artesano de 35 años creyó ver en la acera a Bin Laden, por lo que dirigió su vehículo contra él.*

*En su persecución, el automovilista se saltó un semáforo en rojo e invadió un espacio reservado para peatones, por lo que estuvo a punto de impactar contra el despaavorido transeúnte, que resultó ileso por poco.*

*Ante la Corte, el presunto agresor afirmó haber sido víctima de un arrebato de delirio que justificó por los recientes eventos internacionales.*

*El Tribunal Correccional de Montpellier le condenó, además, a seguir un tratamiento médico y a pagar 500 euros a la víctima en concepto de daños y perjuicios.*

*(c) 2004, elmundo.es*

Probablemente, era la única persona de toda Francia que jamás en toda su vida había transgredido la ley. Jamás rebasó el límite de velocidad, nunca sacó la basura antes de la hora ni escuchó música a un volumen mayor del permitido.

Cuando la tarde anterior cerró su negocio, metió en la cartera un billete falso que había descubierto al hacer el cierre, con el fin de entregarlo en el banco al día siguiente y así apartar de la circulación tan execrable ejemplo de la debilidad humana. Esa pequeña acción le hacía sentirse increíblemente feliz, ya que no podía dejar de pensar cuanta gente en su lugar habría tratado de utilizar el billete en otro establecimiento para así no perder el dinero o al menos para evitarse el engorro de ir al banco a devolverlo.

Camino de su casa se detuvo ante el escaparate de una tienda de artesanía, admirado por un pequeño grabado

realizado por el propio dueño del establecimiento, que, a su humilde entender, era una pequeña obra de arte. Hombre sensible a toda manifestación cultural, fue incapaz de resistirse a la atracción que le producía aquella obra, de modo que entró en la tienda y la compró.

Al día siguiente se dirigió a la oficina bancaria para depositar sus ingresos y para entregar el billete, cuando cayó en la cuenta de que lo había utilizado inadvertidamente el día anterior para pagar el grabado. Entró inmediatamente en un estado de agitación próximo a la histeria y salió apresuradamente hacia la tienda del artesano para subsanar su error. Nadie que se cruzara en su camino aquella mañana pudo permanecer indiferente, ya que la culpa reflejada en su cara habría hecho sospechar al más ecuánime de los mortales que acababa de cruzarse con un asesino huyendo de la escena del crimen.

Se encontraba ya muy cerca de su destino cuando un coche invadió la acera y se precipitó hacia él. En el último momento antes del atropello volvió la cara y pudo ver al conductor, y se dio cuenta de que no era otra persona que el artesano al que la tarde anterior había estafado involuntariamente. Pensó que había sido reconocido por su víctima y ésta, presa de una justificada indignación, estaba tratando de tomarse la justicia por su mano. Le dolió más la culpa que el golpe que le propinó el coche.

El juez consideró que todo fue causado por un lamentable malentendido ya que el conductor, presa de un estado de conmoción, lo había confundido con un conocido terrorista. Como el referido estado de conmoción del artesano no era muy diferente de aquel en que se encontraban sumidos tanto el propio juez como el resto del país, la pena fue leve. Probablemente se le castigó más por su falta de agudeza visual que por su evidente falta de sentido común.

Sin embargo, para el ciudadano ejemplar, lo más paradójico fue comprobar como la sentencia, si bien resultó completamente favorable a sus intereses, lejos de calmar su

ánimo, no sirvió sino para hacerle sentir infinitamente peor, ya que al conocer los motivos de su agresor se sintió indigno de ser atropellado por alguien con tanto arrojo.

Fue sin duda ese sentimiento de culpa el que le llevó a gastarse el importe íntegro de la indemnización (más el del billete falso) en la tienda del artesano.



## El beso y la sardina

Rodar escenas románticas no era nada nuevo para él, no en vano era uno de los galanes más cotizados del cine español actual y había comenzado una prometedora carrera internacional. Su éxito en ese género no dejaba de sorprenderle ya que nunca se había considerado guapo y cuando oía a los demás explicar el porqué de la atracción que sentían por él, se quedaba perplejo al saber qué era aquello que le hacía tan especial: su mirada.

Debido a su inseguridad con las mujeres, cuando tuvo que rodar su primera escena de seducción se las ingenió para desarrollar una técnica que le permitiese superar su timidez y decidió pensar en algo agradable que le ayudara a evadirse de la situación. Le fue muy bien ese primer día y repitió la técnica con la misma imagen cada vez que interpretaba un papel similar: siempre se imaginaba a sí mismo tomando una sardinita asada en un chiringuito de la playa donde veraneaba de joven.

Pese a que le preguntaron sobre el particular en innumerables ocasiones, nunca confesó cual era su secreto, le parecía que si el público asociaba su mirada seductora con una sardina probablemente su carrera comenzase a declinar.

Años después, cuando la edad empezó a ser un problema a la hora de interpretar los papeles que le ofrecían decidió retirarse y, como tantos otros jubilados, decidió irse a vivir a aquel lugar que con tanto cariño recordaba y cuyo recuerdo tan útil le había resultado a lo largo de su vida. Todos los días de agosto iba al mismo chiringuito y se tomaba una sardinita con un vino de la tierra y mientras lo hacía no podía evitar acordarse de aquellas escenas con las tanto llegó a disfrutar, de aquella carrera de éxito que le colmó de satisfacciones y terminaba cayendo en una especie de ensoñación.

Todos los veraneantes se admiraban ante el porte y la elegancia de aquel señor mayor que era capaz de mirar

una sardina como si estuviese seduciendo a una estrella de cine.

## La comanda y otras adivinanzas

“La dirección de un restaurante no sirve como segundo domicilio”, me dijeron en cierta ocasión al rellenar un formulario, pero lo cierto es que hemos pasado en esta casa mucho más tiempo que en cualquier otra, exceptuando la propia y el despacho, claro.

Además siempre nos trataron a cuerpo de rey, mientras que en el resto de las mesas sirven unas aceitunas de aperitivo a nosotros nos suelen traer un poco de pulpo o de jamón. Este es el punto en el que tradicionalmente declaro inaugurada la comida con una mancha en la corbata, que hay que respetar las costumbres. Incluso en una ocasión le dije Inés al camarero que nos trajera “un poco de pulpo con cebralín para mi marido”. Hubo una época en que jugábamos a adivinar formas en mis manchas, como si fuesen nubes. Ahora jugamos a que ella me llama cerdo y yo me enfado.

Aquí cuidan mucho los detalles. La vajilla es de Sargadelos, como buenos gallegos. Desde el primer día me gustó, siempre me quedaba mirándola y terminaba preguntando “¿cómo me dijiste que se llamaba la cerámica ésta?” y ya lo consideraba un rito necesario hasta que un día sin siquiera haber llegado a sentarnos ni mediase pregunta alguna por mi parte me dijo “Sargadelos” con un cierto tono de crispación. Así que dejé de preguntarlo.

Pero una de mis mayores aficiones, no sólo aquí, en cualquier lugar público, es observar a los demás. Concretamente, en los restaurantes acostumbro a tratar de adivinar la comanda de las mesas de alrededor. Y es difícil, pero me he convertido en un experto.

El señor de bigote de la mesa de mi derecha ya había pedido cuando llegamos, así que no pude intentarlo con él.

Estaba tomando un bacalao confitado con panaché de frutas y verduras (el contraste de la fresa con el bacalao es sorprendente). El plato es negro, porque así se destaca la blancura del bacalao y está montado en altura, como mandan los cánones. Las recetas estrella de los últimos años tienen su propia vajilla, pero esto es algo que no me atrevo a comentar con mi señora por pura precaución. Va acompañado por un crujiente de puerro y la fruta y la verdura en brunois con una reducción de su propio almíbar y otra de Pedro Ximénez. Éste es, por otro lado, el plato preferido de Inés desde que lo descubrió. Ella se siempre refiere a él como “el bacalao ese que me gusta”, para disgusto del maître, que siempre nos atiende personalmente.

Ella siempre toma el bacalao con un Albariño de la zona del Rosal, sin embargo él escogió un Priorato (excelente, por otro lado). Se ve que no es un gran experto, no sólo porque el maridaje sea discutible, sino porque, para espanto del sumiller, pidió “un vaso más pequeño, como de chato: voy a bebérmelo, no a lavarme los pies” dijo, para ser exactos. En ese preciso instante decidí apodarle “Captán Charlie”.

Hace unos años, cuando cambiaron la cristalería de bohemia de toda la vida para introducir toda la gama Riedel de copas, hubo gente que dejó de ir al restaurante. Don Luciano, uno de los habituales, incluso amenazó con enviar padrinos al propietario, pero finalmente se acostumbró al cambio (aunque hasta el fin de sus días se refirió a aquel episodio como “la revolución”). Hoy en día casi todo el mundo acepta las nuevas tendencias y prefiere estas copas suizas diseñadas no ya para cada tipo de vino, sino incluso para cada variedad de uva. La cubertería sin embargo sí que se ha mantenido, y no por criterios estéticos, ya que con algunos platos lo cierto es que desentona, sino porque es uno de los principales reclamos del local. Una cubertería antigua de plata es todo un lujo, máxime en estos tiempos de cucharas de diseño que sirven

para acoger líquidos en su seno lo mismo que la pala de pescado.

Su acompañante estaba tomándose un bogavante a la plancha, y en su cara se notaba la incomodidad que le provocaban los modales de su pareja. Me atreví a pronosticar que no pediría postre ni café, probablemente quisiera acabar con aquello cuanto antes.

En la mesa de la izquierda había una pareja joven. Obviamente estaban celebrando algo, permitiéndose un lujo, porque no podían evitar soltar risitas nerviosas al leer la carta. Los precios de este sitio pueden causar todo tipo de sorpresas, por no decir taquicardias, en los no habituales. Cuando el camarero trajo una almohadilla “para los pies de la señora” pensé que les iba a dar una congestión.

Al principio nosotros éramos igual que aquella pareja. Todo era nuevo e ilusionante e incluso el simple hecho de elegir un plato nos proporcionaba una excusa para reírnos. Ahora todo es motivo de discusión ya que mi elección suele ser respondida con “te vas a poner como una vaca” y cosas así. Recuerdo que una vez me obligó a ponerme a régimen y pedí la merluza confitada en aceite de oliva con pil pil de piquillo y almejas gelatinizadas con agua de mar pero al ver su mirada hube de matizar: “sin pil pil ni almejas y en lugar de aceite de oliva que usen el agua de mar para cocinarla, ya que la tienen”. “Disculpe el señor, pero ¿me está pidiendo merluza hervida?”, me preguntó el pobre camarero. “¡No me quite usted la ilusión, por Dios!”.

El grupo que se sentaba enfrente era de los habituales. Eran dos parejas que discutían acaloradamente de política. Eso también lo hicimos nosotros muchas veces. Ellas no participaban de la discusión porque estaban dando buena cuenta de una bandeja de postres cuya visión haría desmayarse a un diabético. Mi mujer hacía lo mismo: comía poco, casi siempre un solo plato (el bacalao) y se reservaba para los postres. Llegado ese momento olvidaba todo propósito de comedimiento y perdía la compostura entrando en una espiral de ingestión de chocolates de la

que inevitablemente terminaría culpándome al llegar a casa. Lloraba por su régimen violado como si de una tragedia griega se tratase.

Yo, por el contrario, no tomaba nunca postre, a no ser que fuese una ocasión especial y se me antojasen unas filloas de crema. Y no era por una cuestión calórica, sino más bien porque prefería disfrutar del espectáculo de verla comer mientras tomaba mi Hennessy XO con su correspondiente puro. Para mi era tan placentero verla comer bien, como molesto era para ella que yo me fumase el habano.

Los maridos de enfrente también fumaban cigarros, lo contrario habría sido un desprecio a los magníficos ceniceros de cristal tallado (únicos supervivientes de la era anterior) que había en las mesas. Sin embargo no tomaban coñac, preferían tomar gin tonics, aunque eso si, en copas de balón.

Había en las paredes una exposición de pintura. La pareja joven se entretenía ahora comentando los cuadros con evidente desprecio. Y no es que estuvieran mal pintados, es que eran figurativos y eso parecía no gustarles. A mi mujer también le gustaba discutir conmigo de arte, en realidad le gustaba ridiculizarme porque yo necesito ver algo en el cuadro que pueda identificar y a ella eso le parecía muy cateto.

Pidieron un de los entrante que era la novedad de esta temporada, una espuma de gazpacho con una esferificación de reducción de mosto y un granizado de melón que yo personalmente no había probado aún. Venía presentada en unas grandes copas de Martini y había algo que parecía menta picada espolvoreada por el plato. Empecé a tratar de adivinar que pedirían de segundo y terminé decantándome por un chuletón de buey a la piedra, tenían toda la pinta. Con mi señora no podía adivinar nada porque siempre pide lo mismo, y me pregunto si no lo hará por quitarme.

En estas digresiones me encontraba yo absorto cuando de repente oí una voz que delante de mi decía "yo quiero el bacalao ese que me gusta, ¿y tu?" y entonces caí en la cuenta de que no había hablado con ella desde que entramos, que me resultaba más fácil comunicarme con la vajilla o la cubertería que con mi propia mujer, cuyo recuerdo me hacía más compañía que ella misma. Y debió darse cuenta de todo porque nada más irse el maître dijo: "tenemos que hablar".

Y para colmo la pareja de la izquierda pidió rodaballo.



## La Sorpresa

Para todo el mundo resultó sorprendente el hallazgo del cadáver, aunque tal vez sería más acertado decir que la sorpresa se produjo sobre todo por las circunstancias que rodearon al mismo. Murió por inhalación de gas, delante de un papel en el que apenas había unas pocas palabras escritas:

*Nada ya tiene sentido, no creo que pueda seguir adelante sin ella,  
se que no quiero hacerlo, tengo claro que*

Era una persona aparentemente feliz, con un matrimonio estable y un considerable éxito profesional, unánimemente bien considerado en el plano personal por los que le conocían e igualmente por los que no. De modo que nadie esperaba un suicidio, y menos aun, motivado por una cuestión que le era aparentemente tan ajena como el desamor. La primera persona con la que habló la policía fue la esposa, quién negó rotundamente que su matrimonio tuviese el menor problema. Su desconcierto ante la nota de suicidio era evidente:

- No es verdad, señor comisario, no entiendo porqué escribió esas palabras. Cuando le vi al llegar a casa me dio la impresión de que se había quedado dormido, por eso fui a despertarle. Como no me respondió empecé a preocuparme y fue entonces cuando noté el olor a gas. Cerré inmediatamente la llave y llamé a emergencias. Todo lo demás me resulta tan incomprensible como a usted.

Había muchas cosas raras en el caso, la nota por ejemplo. Los suicidas no acostumbran a cometer esos fallos en la preparación de su despedida, una nota de suicidio inacabada era algo francamente infrecuente. Además está el detalle de las evidencias circunstanciales: tanto en el cuerpo, como en la nota, como en la llave del gas se encontraron las huellas de la esposa. La prensa comenzó a

culparla desde el momento en que la noticia trascendió: *Las caras de los asistentes al sepelio era suficientemente descriptiva, no sólo se traslucía dolor en los rostros, también se podía ver claramente el desconcierto. Los detalles que rodean tan luctuoso acontecimiento hacen pensar que el pretendido suicidio no haya sido tal y todas las miradas se vuelven hacia la viuda. Algunos de los invitados incluso se negaron a presentarle sus condolencias a aquella que consideran culpable.*

Esa crónica periodística fue lo último que escucho la mujer antes de ser detenida, y desde ese momento comenzaron a surgir testigos que pusieron en duda la supuesta felicidad matrimonial, “no me ha sorprendido nada, yo a menudo pensé que él era demasiado bueno para ella, siempre dije que tarde o temprano ella le mataría”, dijo una asistenta que había sido despedida días atrás por la señora. Para cuando llegó el día del juicio la opinión pública era tan contraria a sus intereses que nadie dudaba que sería declarada culpable. De nada sirvió su testimonio: “no fui yo, todo lo que puedo decir es que le quería más que a mi misma, jamás le habría hecho ningún daño, del mismo modo que él no me lo habría hecho a mi. Lamento que sean ustedes incapaces de comprenderlo”. La evidencia de la nota de suicidio pesó demasiado en su contra.

Cuando ingresó en prisión no hubo ningún movimiento de opinión en su favor, incluso siguió siendo atacada por la prensa. “Hoy fui a la cárcel, quería ver con mis propios ojos como era el día a día de esa mujer que lo tuvo todo, encerrada en una cárcel como una presa más. Y lo presencié, y sólo puedo decir que me alegré de haberlo hecho. Si había allí una reclusa culpable, créanme que ésa era ella”; llegó a escribir un conocido columnista.

El día a día de la reclusa más culpable se limitaba a coleccionar todo aquello que se publicase relacionado con su caso, porque necesitaba encontrar alguna pista que le ayudase a entender que había pasado. Necesitaba conocer algún porqué. Y guardó cientos de recortes, y los estudió día y noche, y no encontró nada en ellos que le ayudase en

su búsqueda de la verdad. Nadie publicó un solo titular que se acercase a ella, por más que buscó no pudo leer algo que nadie escribió: *Millonario fallece por inhalación accidental de gas cuando se disponía a escribir un cuento.*



## La Torre

Yo tenía una casa mágica, y aún ahora el olor de los pinos me recuerda aquel chalet, o mejor dicho, aquella torre, porque a las casas de campo las llamábamos torres sin que aún ahora sepa muy bien porqué, pero el propio término ya ayudaba a potenciar su parte mágica: no es lo mismo vivir en una torre que en una simple casa.

El primer recuerdo que tengo de ella es que cuando estaba en construcción fuimos a ver como iba la obra y a dar un paseo por los alrededores. A la vuelta del paseo, la casa se había comido el coche. Me explicaron que habían olvidado poner el freno de mano y el coche se cayó a los cimientos pero yo sabía muy bien que la casa se había comido nuestro coche, y me parecía divertidísimo. La relación que establecimos con aquella torre comenzó a ser especial desde el primer momento, y siguió cuando la casa ya estuvo terminada. Recuerdo que las tardes de invierno veíamos las nubes por debajo de nosotros. Era una casa de montaña y además había sido necesario construir un gran muro para aprovechar el terreno, que era escarpado, de modo que decían que era una cuestión de la altitud. Y sin embargo era preferible pensar que mi casa flotaba entre las nubes.

En verano, cuando el cielo estaba claro, se veía el mar entre las montañas, y se veía muy lejano, pero con unos prismáticos se distinguían claramente los barcos entre las montañas. Tener una casa con una terraza desde la que se ven pasar barcos volando era una gran responsabilidad para un niño de siete años, pero a mi me encantaba.

Cuando años más tarde cambiamos de residencia, nadie en mi nuevo ambiente entendía que mi casa fuera una torre, y menos que flotase sobre las nubes. Lo de los barcos dejé de contarlo, porque nadie lo habría creído.

Recuerdo mi infancia con cariño, creo que fue una época muy feliz. Probablemente, si hubiese tenido que

explicarle al niño que fui que iba a cambiar su mundo de barcos que volaban por otro de trenes que explotan, no creo que lo hubiese comprendido. A mi mismo me cuesta hacerlo.

# A dos manos

## I

### Fue en un pueblo con mar

La realidad a menudo es cruel con las ideas, por muy buenas que éstas puedan parecer sobre el papel. Un claro ejemplo de esta situación es lo que nos sucedió no hace mucho a mi amigo Luis y a mi, los dos jóvenes aficionados a la escritura, los dos con un amigo menos en la actualidad.

Estábamos en mi casa, tomando un aperitivo y charlando, cosas ambas a las que somos muy aficionados, y sonó en la radio esa canción de Los Secretos que comienza con la misma frase que otra de Sabina, esa que empezaron a componer juntos y que después cada uno desarrolló a su manera. Era un tema como cualquier otro y nos pusimos a hablar sobre él, sobre la creación en conjunto y sobre cuanto puede divergir una historia según en quién la escriba.

Como todos los aficionados a las tertulias, generalmente nuestras discusiones se mantenían en un plano teórico, sin embargo en este caso, al ser los dos aficionados a la escritura, decidimos dar un paso más. Decidimos establecer unas bases comunes sobre las que desarrollar una historia: los personajes protagonistas, el planteamiento y el tema principal. Y escribirla cada uno por nuestra cuenta, comentándonos los progresos semanalmente.

Decidimos que los personajes principales deberían ser una pareja que llevaba bastante tiempo de convivencia, pero que actualmente pasaban por una crisis y que debería tratarse el tema de los malos tratos, ya que era un tema de actualidad y en caso de necesidad hay suficiente material en los periódicos como para que evitase el bloqueo un escritor analfabeto.

Y hasta ahí todo fue bien, no tuvimos la primera discusión hasta la hora de decidir los nombres de los

protagonistas, sin embargo consideramos que había sido una discusión muy positiva para el relato, ya que la discusión sobre los nombres no dejaba de ser una de las que se daban con frecuencia en las parejas, salvando las distancias, claro.

## II

### **...y si es niña le ponemos como su abuela**

A ninguno nos gustan los nombres sofisticados, así que descartamos de entrada Jessica, Yasmina, Kevin, etc. Un buen principio. Sin embargo tuvimos una fuerte discusión sobre hasta que punto era conveniente poner nombres muy tradicionales porque Justino y Olegaria, por ejemplo, podrían trasladar la falsa idea de que la violencia de género era cosa de gente de pueblo, y no queríamos que se pudiese pensar tal cosa.

Tampoco nos podíamos permitir poner nombres demasiado aristocráticos porque no nos sentiríamos cómodos con ellos, no es fácil escribir sobre ambientes que desconoces. Decidimos por tanto poner nombres que no evoquen clases sociales ni zonas geográficas y además pensamos que, con vistas a llegar a un acuerdo entre nosotros, prescindiríamos de los apellidos.

Lucía nos gustaba a ambos para la protagonista, pero nos costaba mucho encontrar un nombre para él. Descartamos los nuestros, que podían provocarse tensiones más adelante. Nos decidimos por Mario, porque su etimología y su carácter venían muy bien para el tipo de personaje que queríamos:

#### *Etimología*

Proviene del latín, y significa: varonil, gallardo. Este nombre es un derivado de Marte, dios de la guerra. Aunque suele considerarse la forma masculina de María, en realidad lo es de Mariana.

#### *Carácter*

Hombre de fuerte personalidad, amante de los cambios, pero también es reflexivo, moderado, organizado y con ansias de triunfar en esta

vida, lo cual puede conseguir gracias a su inteligencia y facilidad de asimilación. En el terreno amoroso, es sensible pero excesivamente autoritario.

Y así nos despedimos hasta el sábado siguiente, decididos a presentarnos mutuamente nuestro inicio de la historia de Mario y Lucía, aunque discutimos también sobre si no sería mejor decir de Lucía y Mario.

Y por último la primera frase, la única común a los dos relatos. La primera frase es muy importante en un relato, mucha gente dejará de leer si esa frase comienza por “érase una vez” así que había que ser cuidadosos en este punto. En general se recomienda una primera frase impactante, dicen que el lector debe tener la sensación al comenzar el relato de estar subiendo a un tren en marcha, impactante y dinámica...

*Nadie que nos viese ese primer día habría pensado que terminaríamos queriéndonos tanto; nadie que nos vea este último, imaginaría cuanto nos habíamos querido.*

### III

#### **La historia de Lucia y Mario (o viceversa)**

*Habíamos quedado en uno de esos infectos locales de repostaje de proteínas que los optimistas llaman hamburgueserías y que sólo los estúpidos se atreven a llamar restaurantes, y si eso no es un mal augurio ya me dirán ustedes qué lo es. Fue una cita a ciegas, y ya se que va totalmente en contra de mis principios, pero no pude evitar la encerrona, aunque lo que si podía hacer era mostrarme todo lo desagradable que pudiese para que aquello no durase mucho y así poder volver pronto a casa. Y así lo hice, y sabe Dios porque, pero le gustó.*

“No lo dirás en serio”, me dijo. “No se puede empezar un relato con dos primeras frases, vas a cansar a la gente en la primera página”. Eso me dolió, sobre todo porque mis cuentos no suelen durar mucho más de una

página y creía ser capaz de entretener a cualquiera al menos en una distancia tan corta. “Ni siquiera sé quien eres, Lucia o Mario”. Le iba a decir que no había prisa, que era un párrafo y que no viene nada mal mantener un poco de suspense. Pero a decir verdad era una decisión difícil: ¿podría meterme en la piel de un maltratador? ¿No era eso mucho más arriesgado que ponerse en la de la víctima? Pero le dije: “Alúmbrame pues con tu sapiencia, ¡oh preclaro narrador!”. Le sentó fatal, afortunadamente.

*La primera vez que vi al monstruo, me pareció una persona de lo más normal, jamás me habría imaginado en ese momento de lo que llegaría a ser capaz. Sin embargo ese día me dio la impresión de que me encontraba ante un perfecto caballero. Por eso, para cuando me acerqué a él, ya había imaginado las más apasionadas y también las más tiernas de las escenas con nosotros como protagonistas. Por eso, al oírle decir: “Buenos días. Luisa, ¿verdad?”, no tuve otro remedio que contestar: “Lucía, estúpido presuntuoso” y alejarme habiendo arruinado mi primer día en el trabajo. Cuando el día siguiente me llamó a su despacho, estaba convencida de que me iba a despedir, pero todo lo que hizo fue decir “Buenos días, Lucía” y seguir trabajando con total naturalidad.*

“Gracias por mostrarme el camino, Danielle Steel” es lo que me vi obligado a decirle yo a Luis. Y con total naturalidad, decidimos dejarlo para el sábado siguiente, sin que en este caso la naturalidad le pareciese romántica. Ni tan siquiera agradable.

#### IV

### El sábado siguiente

La historia iba avanzando semana a semana, justo lo contrario de lo que ocurría con nuestra amistad. Mi relato estaba lleno de situaciones extravagantes, el suyo era de un

costumbrismo exagerado. Cada vez que yo escribía algo como *no sé como tardé tanto en darme cuenta que aquello que yo llamaba mirada seductora, no era otra cosa que miopía: me casé con un topo. Y no solo por la vista, sino por la capacidad intelectual.* El escribía algo del tipo: *No fue nada en concreto lo que me hizo darme cuenta de que ya no estaba enamorada, fue más bien la lenta pero inexorable pérdida de ilusión lo que un día me dejó sola, sola y en pareja, la peor de las soledades.*

Al menos estábamos de acuerdo en una cosa: a los dos nos parecía estar siendo insultados en lo más íntimo de nuestro ser con el relato que el otro perpetraba con aquella idea cuya paternidad reivindicábamos los dos. Yo estaba pensando seriamente en lanzar una ofensiva prácticamente definitiva convirtiendo a Mario en un extraterrestre de Tralfamadore, pero no me atreví. Pero una cosa es ser acusado de mal amigo y otra muy diferente serlo de plagiario.

La historia en realidad avanzaba pareja, eran discrepancias de estilo lo que nos mantenía tan crispados. Se habían enamorado, se habían casado, se habían acostumbrado, en fin, lo habitual. Los novios se convirtieron en funcionarios matrimoniales y la relación se fue deteriorando. Íbamos legando al momento en que él comenzaba a maltratarla física y psicológicamente.

*Comencé a darme cuenta de que era un despreciable ser humano el día en que por primera vez le levanté la mano, y no se como dándome cuenta asumí dicha condición en lugar de evitarlo. Era un cerdo, pero los momentos en los que me comportaba como tal eran los únicos en los que me sentía realmente casado. Después de todo, puede que el verdadero sustituto del amor sea el poder, no el chocolate.*

O por el contrario:

*Humillación, miedo, dolor, odio... Me costaba elegir cual de esas sensaciones me abrumaba más. Pero lo que más me costaba era reconocer en esos ojos llenos de odio a aquel caballero impecable con el que me casé. ¿Dónde se fue? ¿Dónde me fui yo?*

*¿Por qué lo permitía? Ninguno conocía al otro, ninguno se conocía a sí mismo.*

Semana a semana íbamos enumerando atrocidades, describiendo la terrible degeneración de aquella relación, experimentando la nuestra.

*Desconfiaba de todos los hombres, me había convertido en un celoso patológico. Un día me acusó de haberla convertida en una prisionera y recuerdo que pensé "fíjate, como Albertina", y en mala hora lo hice porque a partir de ese momento comencé a desconfiar también de las mujeres.*

Frente a:

*Las palizas siempre olían a whisky, así que el whisky terminó oliéndome a paliza. Y sonando, los gritos de un vaso de licor se me hacían insoportables. Creo que lo único bueno que saqué de la relación fue que ahora soy abstemia.*

Un día empezó a leer algo sobre las flores que nacen del estiércol, el apoyo que sería un hijo, y no podía tolerarlo: "Tranquilo, Pemán, ¿Quién ha dicho nada de hijos?". Esa fue sin duda una crisis, porque yo no estaba dispuesto a meter a una criatura en esto y a él le parecía que era un paso lógico, que incluso es muy frecuente. Al final conseguí convencerle con el argumento de que habíamos consensuado los personajes al principio y que ahora no podía introducir ningún personaje unilateralmente, pero las demás palabras que usamos en la discusión fueron mucho más gruesas.

Finalmente la tensión era tal dentro y fuera del cuento, que decidimos terminarlo, el próximo sábado sería el último. El relato acabaría y lo que es mejor, podríamos empezar a dedicar los sábados a hablar con gente a la que no detestásemos. El próximo sábado llegaría el final, pero todo el mundo sabe que los finales de los cuentos acostumbran a encerrar sorpresas. Esta vez, si que teníamos ganas de que pasara la semana. ¡Se iba a enterar!

## **El acabóse. Perdón, el fin**

¡Y vaya si hubo sorpresas! Por más que lo pienso, no puedo explicar lo que nos ocurrió. No logro entender como es posible que finalmente nos compenetrásemos tanto, que la idea de molestar al otro al final fuera lo único que consiguiera darle una cierta homogeneidad al experimento. Esto fue lo que nos pasó: